



El sol de las contradicciones. Diarios (2017-2019)

Fragmentos inéditos

José Antonio Llera

CARGO CON los nombres elementales hasta algún cementerio de la ciudad, por si algún enterrador los quisiera. Echo tierra sobre los adjetivos indecisos y una paloma llega sin vuelo. Me lavo las manos antes de comenzar cualquier comercio o correduría. Toco la parte brusca de los animales y quemo las jaulas donde defecan los príncipes. Arden mis pensamientos, su fiebre ahumada entre el lúpulo, su aceleración a estopa de caballo, y hago chocar los pechos del idioma contra el sexo de Nebrija.

MI PADRE recordaba que en casa de mi tatarabuela Teodora había chinches en las sillas: perfecto remedio para las visitas que se demoraban y se resistían a marcharse. Amasar chinches, palabras que molesten, consonantes en zarza.

HACE UNOS días me he propuesto cambiar mi firma. ¿Estaré en un momento decisivo de mi vida y no me habré dado cuenta? Tenía una firma ilegible, de médico o de banquero, y quiero ahora que contenga las iniciales de mi nombre y mi primer apellido completo. ¿Me ha llegado el momento de la claridad, de la elisión de la máscara, o son estas consideraciones enigmas para calígrafos, vanos consejos de futurología, litigios en la mano de un ciego? Iré por la vida estampando mi nombre

como quien compra una peonza azul y se deja barba. Me sentaré sobre mi nombre como quien se sienta sobre un cajón de huesos.

DEL AGUA que bebo, solo una parte es la que bebo de verdad. De la noche que me persigue, solo una décima parte porfía con el pasado. De la oración que oí, solo el versículo que olvidé me ha ayudado a elegir esta casa llena de amputaciones y de fuegos.

TRAS LEER *Mascarada*, Octavio Paz le reprochó a Pere Gimferrer la coprofilia de la que hace gala (también el *bas réalisme* de Dalí ponía muy nervioso a Breton). Anoche soñé con el poeta catalán, y es muy posible que mi sueño tuviera su raíz inconsciente en el reproche del mexicano. Me encontraba en la planta baja de unos grandes almacenes, exactamente en los probadores. Había gran trasiego de gente y yo quería ver cómo me sentaban tres camisas antes de decidirme por alguna. De repente, detrás de una cortina negra, apareció Gimferrer, que salía con un libro en las manos (una novela gráfica). Vestía pantalón y sombrero grises, terno del mismo color y chaleco ajedrezado sobre camisa de color rosa. La sorpresa vino cuando observé que el probador, en realidad, era un WC. Nada más salir, el poeta me miró avergonzado a través de los densos cristales de sus lentes y se marchó a toda prisa dando enormes zancadas.

Incluso cuando reunió algún dinero, ya sexagenario y jubilado, mi tío siempre se negó a que le construyeran un cuarto de baño en casa. Hoy me acordé de él leyendo *Un lugar silencioso*, de Peter Handke. El Georges Perec de *Espèces d'espaces* (1974) exprimió la parte literaria de las camas, los trasteros, las escaleras y paredes, pero aún no había llegado el momento del cuarto de baño. Para Handke, el retrete es el lugar destinado para el conocimiento de sí –lugar más délfico que místico–, para purgar el lenguaje, pues si en algún lugar reside lo obsceno es ahí mismo, en las palabras que se han malbaratado. Dos son los retretes de la infancia: el de la casa de sus abuelos, una casa de campesinos al sur de Carintia, y el del internado religioso. Este último se encarece como refugio, como el lugar en donde uno está a solas con su fiebre, la del cuerpo y la de la conciencia, para que cese o para que siga en su batalla. El siguiente que le viene a la memoria (Handke no ignora que la memoria siempre inventa y se solaza en múltiples ficciones, complementarias y

contradictorias) es el retrete de una estación, donde pasa una noche tratando de leer *Los Buddenbrook* de Thomas Mann: “Para mí, a lo largo de la noche, no había ningún otro lugar más que éste. Éste era ahora mi lugar”. Diríamos: madriguera donde el animal se ovilla, constelación de sí mismo, centro de lo que para otros resume lo abyecto, zona cero, útero blanco, pues nacimos junto a las heces (san Agustín *dixit*).

¿Es esta la casa del ser sobre la que tanto meditó el filósofo de la Selva Negra encerrado en su cabaña? Estos cuartos de baño públicos serían el reducto apartado de lo que Marc Augé llamó *no-lugares*, es decir, autopistas, aeropuertos, áreas de descanso o supermercados (todos los espacios de tránsito ininterrumpido sin historia ni identidad, de flujo y anonimato). El cuarto de baño como cápsula donde palpar nuestro tiempo. Hay un sitio en Berlín, junto a la Puerta de Brandeburgo, que no dejo de recordar desde que lo visité por pura casualidad. Se trata de una Sala del Silencio (*Raum der Stille*). Una puerta de cristal da a una habitación pequeña sin ventanas ni simbología confesional, donde solo hay unas sillas, un tapiz y una roca blanca. Los viajeros colocan las manos en las rodillas con los ojos entornados, en clamoroso silencio, y atienden solo al sonido de su respiración. En realidad, es la palabra escrita en la puerta lo que ha creado la cosa. Desde entonces, Berlín me parece una de las ciudades más civilizadas de Europa. Seguro que Handke sabe de su existencia.

AQUEL QUE inventó las sobrecubiertas de los libros debió de ser el mismo que inventó la combinación, esa horrenda prenda femenina que alejaba a nuestros antepasados de la carne trémula.

CONOZCO POCAS palabras tan horribles como la palabra *pupa* pronunciada por un adulto. Y, sin embargo, dicha por un niño esa palabra ya no duele porque cubre con manteca el temor de las vocales cerradas, la prisión de las oclusivas, el muñón o badajo duro de las consonantes.